1. Algunas cuestiones generales

1.1. Rasgos de la religión griega*

Una religión sin nombre

La religión griega presenta algunos rasgos –muchos de ellos compartidos con otras religiones antiguas– que la distinguen de las religiones más generalizadas en la actualidad (Cristianismo, Judaísmo, Islam), de modo que antes de introducirse en su conocimiento, conviene ser conscientes de que la mayoría de sus características fundamentales no pueden interpretarse según el modelo de las religiones que conocemos en nuestro tiempo. El primero de estos rasgos y probablemente el más chocante de todos es que los griegos no tienen siquiera una palabra que designe aquello a lo que nosotros llamamos «religión», lo que quiere decir que no la concebían como una realidad separable o definible. Así pues, realidades como la creencia en unos dioses, la necesidad de rendirles culto, la determinación de una serie de ritos, las formas de comunicación con los dioses, como las plegarias o los sacrificios, se incluían en un término mucho más amplio, *nomos* (algo así como «tradición»), que engloba el conjunto de actos que la comunidad lleva a cabo en su vida diaria para organizarla. Podemos decir por ello que para los griegos el hecho religioso es una realidad que forma un mismo grupo con otras como cumplir los deberes militares, pagar impuestos, acatar las normas sociales, vestirse de la manera adecuada en cada ocasión, esto es, el conjunto de rasgos que componen el «cómo hacemos las cosas en mi ciudad».

Es más, la religión griega es ante todo una religión de la ciudad (que como se sabe coincidía en los primeros tiempos con el Estado), cuyo fin primordial era estructurar la vida de los ciudadanos: marcar los ritmos estacionales por medio de los ritos, determinar las etapas de la vida, y en definitiva relacionar al ciudadano con los demás y con sus gobernantes, integrarlo en la comunidad. Y si alguien rechazaba participar en los ritos públicos, incurría en impiedad, que es un delito político, perseguido por

* El apartado *Rasgos de la religión griega* es obra de Alberto Bernabé Pajares.

las leyes civiles. El Más Allá quedaba fuera de la óptica y de los objetivos de esta religión.

En los casos que conocemos en que una persona fue perseguida por motivos religiosos (como Anaxágoras, que fue desterrado de Atenas, o como Sócrates, que fue condenado a muerte, por «introducir nuevos dioses y corromper a la juventud») las razones de la persecución fueron siempre más políticas que religiosas. El peligro que se vio en las propuestas de estos autores no residía en que atentaban contra la religión, sino en que subvertían el orden social. Los procesos de este tipo estuvieron siempre insertos en situaciones de crisis, en las que la alarma social hacía a la sociedad volverse recelosa hacia las innovaciones, o en momentos de agria confrontación política en la que tales procesos se ponían al servicio de la lucha política.

No obstante, está claro que podemos estudiar lo que nosotros llamamos religión, algo que existía entre los griegos, aun cuando no le hubieran dado nombre. Entendemos, pues, la religión como un conjunto de creencias y de prácticas que intentan regular la relación de los seres humanos con otros seres considerados superiores (los llamados dioses) y de los que aceptan depender. Se suponía que tales prácticas, en general colectivas, eran fundamentales para la subsistencia de los grupos humanos. Las diferencias mayores de la religión griega con las religiones actuales se refieren a la imagen de la divinidad en que se cree, a la codificación de las creencias, a su homogeneidad y al carácter profesional y estructurado del sacerdocio, aunque no es menos cierto que se han hecho afirmaciones muy tajantes sobre los rasgos de la religión griega que conviene matizar.

En la presente introducción abordaremos un panorama muy general y básico de lo que luego se verá ampliado en los capítulos siguientes.

Imagen de la divinidad

Con respecto a la divinidad en que se cree, los seguidores del Cristianismo, Judaísmo e Islam son monoteístas y consideran que Dios es eterno, inmaterial, creador del mundo y justo.

Los griegos, en cambio, tenían un cierto número de dioses y diosas que constituían un verdadero sistema, patriarcal y familiar. No eran eternos, ya que todos ellos habían nacido, aunque, eso sí, eran inmortales, siempre jóvenes y felices. Eran generalmente invisibles, pero no inmateriales, ya que se los imaginaban con cuerpo, rostro y vestido, en todo similares a los de los seres humanos, salvo en la circunstancia de que se creía que eran mucho más altos, más hermosos y más felices que los hombres. Junto a estos dioses antropomorfos, bellos y dichosos, existían otros dioses, como los «dioses

primigenios», nacidos una generación antes de los «dioses modernos». Cuando estos les arrebataron el poder quedaron relegados y casi nunca recibían culto. Es el caso de Urano y Gea (personificaciones del cielo y de la Tierra), o de Crono y los demás Titanes, hijos de ambos. Había además una serie de seres intermedios, de diverso tipo, por un lado, las Ninfas, los Sátiros, o los Silenos, que recibían culto en los campos o en el hogar y que formaban parte de una religiosidad popular, ajena a los cultos oficiales. Por otro, están los héroes o los démones, que son seres intermedios, que a menudo reciben culto, que forman más parte del mundo ciudadano, y que se consideran como intermediarios entre hombres y dioses.

Tampoco creían los griegos que sus dioses habían creado el mundo, ya que pensaban que el universo se había estructurado a partir de un cierto desorden originario de una forma cuasi mecánica, sin intervención de los dioses, y que las divinidades no nacieron hasta que el mundo ya había sido ordenado. Y en la mayoría de los casos, tampoco creían que sus dioses eran justos. Los dioses griegos no son ni todopoderosos ni omnipresentes ni amorosos. Más bien son limitados, temperamentales y caprichosos, envidiosos y amorales, que hacen a los hombres víctimas de sus cambios de humor, de sus enfados o, en el mejor de los casos, de sus preferencias. Los hombres los imaginan como ellos, con sus virtudes y sus defectos, Bremmer (1994: 12) los califica acertadamente de «superpersonas», hombres magnificados, más grandes, más hermosos, pero con sus defectos multiplicados y más peligrosos porque tienen más poder.

El ambiente intelectual griego conoce propuestas de una imagen de los dioses menos antropomórfica, así como postulados de panteísmo, de enoteísmo o incluso de algo parecido al monoteísmo. En general Zeus tiende a irse configurando como un dios mucho más importante que todos los demás. También la idea de que los dioses, especialmente Zeus, eran justos se fue abriendo camino poco a poco, sobre todo entre los poetas y filósofos más ilustrados. Sin embargo, se trata en general de ideas filosóficas que no llegan a generar nada parecido a una iglesia alternativa o a cultos específicos. La idea, presente en algunos estudios decimonónicos, según la cual la historia de la religión griega es una especie de camino de perfeccionamiento gradual hacia el cristianismo ha sido totalmente superada.

Una religión sin libros sagrados

Las doctrinas religiosas del Judaísmo, del Cristianismo y del Islam están reunidas en libros fundamentales y todos sus seguidores están obligados a creer en ellas, ya que, si no lo hacen, se les considera herejes y se les ex-

pulsa de la comunidad de los creyentes. Hay, pues, una codificación de las creencias, que se complementa con otros escritos teológicos que explican diversos aspectos del libro sagrado, de las creencias o del culto.

En cambio, no hubo verdaderos libros sagrados entre los griegos. No existió un profeta o teólogo que estableciera dogmas permanentes. Solo hubo poetas épicos, como Homero y Hesíodo, que de alguna forma estructuraron un poco creencias antes dispersas y ejercieron un influjo poderoso sobre la manera en que los griegos imaginaron a sus dioses. Pero sus poemas no se utilizan como base para culto alguno, ni es obligatorio creer lo que en ellos se dice. Es literatura sagrada, pero literatura al fin y al cabo.

Por otra parte, los poetas líricos escribieron composiciones para ser cantadas en las grandes fiestas religiosas y los autores trágicos presentaron en sus tragedias los grandes problemas del ser humano, entre los que se cuentan, en primer término, los que afectan a su relación con la divinidad. Pero tampoco son libros sagrados. Servían, eso sí, para transmitir valores éticos, para difundir principios de solidaridad civil o para ejemplificar negativamente conductas impropias para la colectividad, que eran castigadas por los dioses.

Hay, por otra parte, «leyes sagradas» de diversos cultos. Pero se trata en su mayoría de instrucciones sobre modos de comportamiento de quienes asisten a ellos, registros burocráticos o económicos o prescripciones sobre la organización de un culto o de un santuario. Abordan en general cuestiones formales o reglamentarias, que tampoco tienen nada que ver con una codificación de las creencias.

Una religión sin dogmas

Poemas épicos, líricos o tragedias cuentan historias sobre los dioses, presentan historias más o menos arquetípicas sobre problemas surgidos entre hombres y divinidades, pero tales relatos nunca fueron en modo alguno dogmas en el sentido moderno. Un autor podía narrar otras historias de los dioses, contradictorias con las que otro había contado, y no era rechazado por ello. Incluso podían presentarse propuestas radicales, como la del poeta Jenófanes de Colofón (s. VI a.C.), quien critica el antropomorfismo de la imagen de los dioses presentada por los poetas épicos y postula un dios sin forma humana, que todo lo ve y todo lo oye y que actúa con el poder de su pensamiento. Su propuesta quedó entre la galería de otras muchas, sin que su autor fuera considerado un apóstata ni sus poemas gravemente peligrosos para la conciencia de los creyentes en la religión Olímpica.

En todo caso, no hay que minimizar el poder de ninguno de estos tipos de textos. Aunque no sean estrictamente dogmáticos extienden su presti-

gio sobre los ciudadanos y los hace portadores de verdades importantes, que están encarnadas en los mitos. Se trata de historias sucedidas en un tiempo mítico también él, que tienen un valor paradigmático, son ejemplos de conductas acertadas o reprobables, explican los rituales y presentan las creencias de una forma plástica, viva, directa.

Una religión con escasa homogeneidad

Judaísmo, Cristianismo e Islam son religiones homogéneas. Las doctrinas de sus libros sagrados forman un conjunto de creencias que afectan a todos los creyentes de no importa qué lugares y de cualquier clase social.

Por el contrario, en Grecia hay casi tantas formas religiosas como lugares. Cada ciudad tenía un dios más importante, formas de culto específicas, mitos distintos referidos a sus dioses. Las «leyes sagradas» a las que se ha aludido afectaban a un santuario concreto o a cultos de grupos sociales determinados, y nunca eran normas de carácter general ni homogéneo.

Bien es verdad que en la religión griega hay también algunos elementos de cohesión. Uno es la existencia de santuarios panhelénicos, como Delfos o como Olimpia, con cultos en que participaban todos los griegos, con juegos en que intervenían atletas de todas las ciudades, con oráculos consultados por gentes de todos los rincones de habla griega. Otro, los grandes poetas arcaicos, que de alguna forma codificaron un tanto creencias dispersas y ejercieron un influjo poderoso. Es este especialmente el caso de Homero y de Hesíodo. Nos da la impresión, sin embargo, de que la situación descrita por estos poetas es el resultado de un esfuerzo por separar la esfera humana de la divina, y el final de un proceso de organización férrea de las características de los dioses para hacerlos entrar en un sistema regido por el poder supremo de Zeus, al que llamamos religión Olímpica. Y sobre todo, la lengua griega, que, pese a sus variantes dialectales, permitía la mutua comprensión y servía de elemento de unión de quienes la hablaban, frente a los *barbaroi*, los hablantes de lenguas incomprensibles, los no griegos, los otros. No olvidemos que los poemas de Homero y de Hesíodo que, como hemos visto, influyeron notablemente en las creencias religiosas griegas, eran cantados en todas las ciudades, en una lengua literaria que no coincidía con ninguno de los dialectos griegos, pero que era comprendida por los hablantes de todos ellos.

Una flexible comunicación con lo divino

Las religiones actuales cuentan con un cuerpo sacerdotal profesional, oficial, estructurado y jerarquizado, que organiza y dirige la comunidad de fieles.

Tampoco esta situación era la propia de la religión griega. Lo normal era que fueran ciudadanos corrientes los que actuaran ocasionalmente como sacerdotes en la celebración de ciertos ritos y solo en muy contados lugares había santuarios con sacerdocio específico (como la Pitia de Delfos, por ejemplo). En todo caso, son sacerdotes adscritos a lugares concretos que no configuraban una estructura sacerdotal con los de otros lugares.

Hay por otra parte otros tipos de individuos que relacionan a los fieles con lo sagrado. Es el caso de los adivinos de todo tipo, que podían ser más «oficiales» (es decir, estar adscritos a uno de los grandes santuarios, como Delfos, Dodona o Claros) o bien actuar en forma privada en las ciudades. Podían ejercer diversas prácticas adivinatorias, como las *sortes*, la oniromancia o interpretación de sueños o la ornitomancia u observación del vuelo de las aves. Otros ofrecían sus servicios como magos en las más diversas variedades. Aunque separar la religión de la magia es a veces muy difícil, la magia plantea una especie de comunicación forzada. El mago actúa sobre la naturaleza o sobre los propios dioses de un modo coercitivo.

Lo fundamental en la religión griega era la celebración de los ritos, tanto los ritos públicos como privados. Los ritos estructuraban tanto el calendario de la ciudad como la vida de los ciudadanos. Había ritos de paso de unas edades a otras, ritos matrimoniales, rituales de difuntos, ritos de consulta a los oráculos y, sobre todo, las grandes celebraciones civiles dedicadas a los principales dioses, cuyo elemento esencial era el sacrificio y consumición comunitaria de animales.

Importantes derivaciones culturales del mundo religioso son por un lado los deportes, por otro, el teatro.

La religión griega vista por un griego

Como ilustración de lo que hasta ahora se ha dicho, leeremos un interesante texto en el que un griego, Heródoto, nos habla de su propia religión.

Características de la religión griega
(Heródoto 2.53)

El historiador del s. v a.C. presenta algunas características de la religión griega en términos simplistas, pero no demasiado descaminados.

> De dónde nació cada uno de los dioses, si todos existieron siempre, y cuál era la condición de cada uno y su aspecto externo, es cosa que no se sabía hasta hace poco: hasta ayer, por así decirlo. Pues Homero y Hesíodo me parece que me han precedido en cuatrocientos años y no más. Y fueron

> ellos los que compusieron la teogonía de los griegos, atribuyeron a los dioses sus sobrenombres y distribuyeron sus honores y sus competencias, al tiempo que nos mostraron sus formas. Los poetas que se dice que vivieron antes de ellos, me parece que vivieron después.

Merece la pena detenerse en los aspectos relevantes del texto.

a) «Homero y Hesíodo»

Heródoto sitúa a Homero y Hesíodo, los autores más antiguos conocidos de la literatura griega, «no más de cuatrocientos años» antes que él, lo que, dado que el historiador vivió en el V a.C., nos lleva no antes del siglo IX a.C. La datación es bastante acertada, ya que situamos a ambos poetas en el siglo VIII a.C.

Sin duda es cierta la importancia del papel de Homero y Hesíodo en la fijación para la posteridad del conjunto variado de creencias, de orígenes diversos, que configuran lo que llamamos religión griega. Y Heródoto es consciente de que la tradición escrita sobre la que se asienta es bastante reciente con respecto a su época. Su error, no obstante, es pensar que la época de los primeros textos escritos sobre los dioses griegos coincide con el origen mismo de la propia religión. Hoy sabemos que la religión griega arranca de mucho más atrás.

Por otra parte, el historiador define con toda claridad en qué consistió la tarea de estos poetas fundamentales, como veremos en los apartados siguientes:

b) «Compusieron la teogonía»

La palabra *theogonia* significa en griego «nacimiento de los dioses», de modo que según Heródoto estos poetas elaboraron un relato sagrado en que se contaba cómo nació cada uno de los dioses y las relaciones de parentesco que unos tienen con otros. La afirmación es especialmente cierta para la *Teogonía* de Hesíodo, que tiene como tema el relato del nacimiento de las distintas divinidades.

Las relaciones de parentesco entre los dioses tienen implicaciones diversas:

Una es que se considera que la estirpe de los dioses (en griego, *genos*), como todas las estirpes, presenta la particularidad de que cada uno de sus componentes hereda las características del primer miembro del *genos.* De algún modo, la primera divinidad condiciona la estirpe entera.

La segunda, es que un dios que nace antes suele ser más importante que el que nace después (aunque la lucha por el poder puede llevar a un dios más moderno a sustituir al más antiguo).

La tercera es que la idea de que ciertos dioses tienen características semejantes puede explicarse míticamente a través de una relación de parentesco entre ellos.

c) «Atribuyeron a los dioses sus sobrenombres»

También los poetas califican a los dioses con una variada serie de epítetos. Pese a lo que pudiera parecer, tales epítetos no son nunca triviales, sino que informan sobre características importantes del dios, su lugar de su nacimiento, sus centros de culto o ciudades favoritas, o sus funciones. El conocimiento de los epítetos de un dios es fundamental para dirigirse a él de una manera adecuada.

d) «Distribuyeron sus honores y sus competencias»

Los griegos mantuvieron siempre con las divinidades una especie de relación «contractual». A cambio de una serie de prácticas que sirven para honrar al dios y propiciarlo, el hombre puede pedirle al dios favores generales o ayuda en una cuestión concreta.

Como se trata de una religión politeísta, era fundamental saber a qué dios debía acudir en cada caso, ya que cada uno de ellos tenía sus propias funciones y capacidades y unos determinados terrenos de actuación (lo que se llamaban *erga* de los dioses). Asimismo era imprescindible saber qué es lo que a cada dios le era grato, qué clase de culto debía de tributársele (lo que suele llamarse las *timai* «honras») y cuál era el modo adecuado de dirigirse a cada uno. Homero y Hesíodo informaban sobre las competencias de cada dios y sobre los honores que debían rendírsele. Un error en tales cuestiones podía provocar la irritación de los dioses y su venganza.

e) «Nos mostraron sus formas»

Los poetas son también los referentes básicos para configurar la imagen de los dioses. Son ellos los que inspiraron a los artistas que los representarán en la iconografía. Esta configuración de la imagen de los dioses tiene aspectos generales, referidos a los dioses en su conjunto, como seres hermosos, jóvenes, más altos o que irradian luz. Pero también tiene aspectos particulares que se refieren a la iconografía de cada uno de ellos, a la manera en que deben ser presentados individualmente. Por ejemplo: Zeus barbado, acompañado del águila y provisto del rayo, Apolo, joven y con arco y carcaj o con una lira, Ártemis con vestido corto, arco y flechas, y así sucesivamente.

f) «Los poetas que se dice que vivieron antes de ellos, … vivieron después»

Algunos griegos creían que, antes de Homero, hubo otros poetas más antiguos, como Orfeo, Museo y Lino, que para ciertas tradiciones eran incluso antepasados de Homero. Heródoto cree (y hoy día le damos la

razón), que estos poetas supuestamente más antiguos que Homero son nombres míticos utilizados por poetas posteriores al autor de la *Ilíada*.

Tendencias a una interpretación «polar» del hecho religioso griego

En estudios modernos de religión griega es frecuente que se utilicen oposiciones conceptuales para clasificar diversos fenómenos religiosos en dos grupos básicos y opuestos. Es el caso de oposiciones como apolíneo/dionisíaco, religión Olímpica/religión ctonia o religión de la polis/religiones mistéricas. Algunas de estas oposiciones son más operativas que otras.

a) Apolíneo/dionisíaco

El filósofo alemán Nietzsche distinguió dos tendencias contradictorias en la religión y la filosofía griega (incluso en la cultura y en la vida), a las que llamó apolínea y dionisíaca. La primera, representada por Apolo, sería una tendencia racional, ordenada, luminosa y dominadora de las fuerzas del cosmos, asociada a las artes plásticas, mientras la segunda, centrada en Dioniso, sería vital, irracional, violenta e incontrolada, más centrada en la música. Hoy día se ve que los elementos constitutivos de cada uno de los polos no son aislables y que hay más de asociación que de oposición en las relaciones entre ambas supuestas polaridades.

b) Olímpico/ctonio

También tuvo bastante predicamento una distinción, usada por autores como Walter Otto, entre «religión Olímpica» y «religión ctonia» (es decir, «de la tierra», entendida como un continuo entre la tierra, la superficie, lo fértil, y el mundo subterráneo, infernal, de los muertos). La religión Olímpica sería propia de los invasores indoeuropeos, estaría basada en un rígido principio jerárquico y patriarcal (con un Zeus Padre que gobierna la «familia» de los dioses) y en una separación rígida entre dioses, que son inmortales, felices y siempre jóvenes, y hombres, que son mortales, sujetos a las penalidades de la vida y a la vejez. En la segunda asociada a un substrato pregriego, predominarían las divinidades femeninas y se admitiría mayor comunidad entre dioses y hombres.

No obstante cada vez parece más claro que lo olímpico y lo ctonio son componentes, que conviven en diversas combinaciones y que no están indisolublemente asociados a dos estadios distintos ni a tipologías aisladas de los dioses. Por otra parte, la distinción está basada en presupuestos en gran medida indemostrables.

c) Religión de la polis/religiones mistéricas

Más operativa, en cambio, se manifiesta la distinción entre religión de la polis y religiones mistéricas. La primera es una religión obligatoria, que da

cohesión a la sociedad y que organiza la vida de la ciudad (entendida como un Estado) a través de ritos que facilitan la integración de los ciudadanos para que se sientan miembros de una realidad unitaria, mientras que la segunda es voluntaria, abre la posibilidad de entrar en contacto directo con la divinidad y con lo cósmico y se ocupa de aspectos personales, como dar solución al miedo a la muerte y a las preguntas sobre el destino del ser humano en el Más Allá.

Estratos básicos que configuran la religión griega

Frente a la posición de Heródoto quien, de alguna forma, representa la versión de los propios griegos sobre los orígenes de su religión, la investigación moderna ha llegado algo más atrás y conocemos sobre el pasado de los griegos más de lo que conocía el propio Heródoto.

Hoy sabemos que los griegos eran una rama de los indoeuropeos, que llegaron a lo que luego sería Grecia en un momento relativamente tardío, aunque desconocemos en gran medida cuál era el desarrollo y evolución de la religión de los griegos cuando llegaron al Mediterráneo.

Los invasores se encontraron allí con formas religiosas avanzadas, si bien la carencia de documentos escritos acerca de lo que llamaríamos el «substrato religioso mediterráneo» (en gran medida identificado con lo que llamamos «minoico») no permite avanzar demasiado en el conocimiento de estas formas de religión ni medir con precisión el alcance de su influencia. La religión micénica, la forma de religión practicada por los griegos que ocuparon los palacios de Creta (Cnoso, Festo, Hagia Triada) y del continente (Pilo y Micenas) y que podemos considerar como la primera manifestación de la religión griega muestra influjos particularmente claros del mundo minoico. Dado que tenemos documentos escritos de los micénicos (aunque no sean demasiado reveladores), nuestro conocimiento sobre ella es bastante más preciso.

Además de las formas religiosas del substrato, influyen sobre la religión griega otras religiones orientales. Tales influencias se manifiestan tanto en la iconografía como en la literatura. Se ha hablado de una koiné (comunidad) cultural mediterránea, muy influida por elementos orientales, en la que los griegos se insertarían en un primer momento.

Conviene decir al menos alguna palabra sobre cada uno de los componentes que acaban de ser mencionados:

Los Indoeuropeos y la religión griega

El análisis del aporte de los indoeuropeos sobre la religión griega se hace difícil porque los estudios sobre el indoeuropeo se centran en la compa-

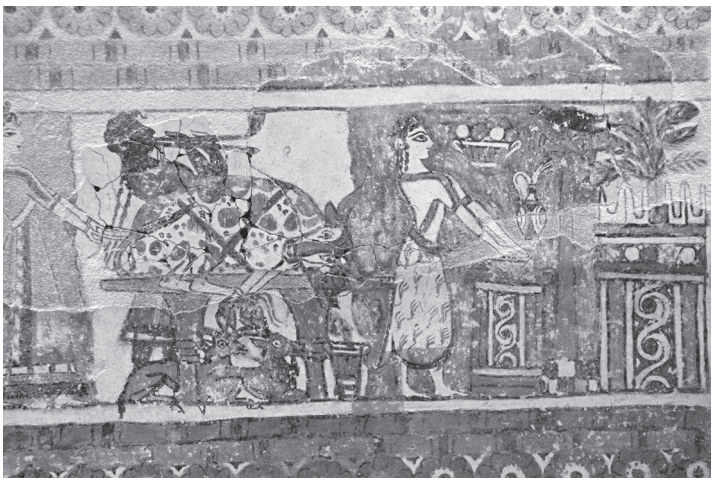
ración entre lenguas y las posibilidades de llegar más allá, al ámbito de la cultura en general y de la religión en particular, se han mostrado problemáticas. El vocabulario indoeuropeo que obtenemos a partir de la comparación entre el vocabulario de las lenguas derivadas de él revela un mundo espiritual en que podemos discernir divisiones sociales e incluso ideas religiosas: está clara la organización patriarcal, la posición central del padre en la familia y el conocimiento de la agricultura, si bien muy subordinado a tareas de pastoreo.

Ha habido intentos reiterados de indagar en el terreno de la religión a partir de la comparación de los nombres de los dioses. Podríamos decir que los esfuerzos por encontrarle una etimología indoeuropea a los dioses griegos son en gran medida discutibles. Solo es evidente la de Zeus, un nombre que se relaciona con la palabra para el «día» y para el «cielo» como sede de fenómenos atmosféricos. Hoy parece un camino más productivo en la comparación entre religiones de diversos pueblos indoeuropeos señalar funciones similares, en vez de tratar de identificar nombres. Y así por ejemplo las estrechas semejanzas entre los Dioscuros griegos y los *Aśvins* indios resulta clara, aun cuando no coincidan los nombres.

El aporte del mundo minoico

La excavación de los grandes palacios de Creta reveló un rico mundo iconográfico en las decoraciones parietales, en el sarcófago de Ayia Triada y en estatuillas y anillos de oro, plata y electro, que se vio acrecentado con el descubrimiento de la ciudad minoica de Tera, destruida por la erupción del volcán que se alzaba en el centro de la isla y paradójicamente conservada por haber sido cubierta por materiales volcánicos, como una Pompeya del Egeo. De este modo la arqueología ha podido rescatar en excelente estado de conservación casas de la ciudad –con áreas sagradas, unas magníficas pinturas al fresco y objetos diversos. Asimismo se ha encontrado material arqueológico interesante en cuevas, especialmente en Creta.

Por poner un ejemplo notable, el sarcófago de Ayia Triada nos presenta con un brillante colorido una escena compleja en la que vemos el sacrificio de un toro (acompañado de jarras de libación y ofrendas de frutas o panes) en presencia de una sacerdotisa, un flautista y una procesión de cinco mujeres, todo lo cual coincide notablemente con la manera de celebrar un sacrificio en la Grecia posterior.



Escena de sacrificio, sarcófago de Hagia Triada, 1370-1300 a.C.
(Iraklion. Museo Arqueológico).

Sin embargo, la falta de textos nos impide avanzar demasiado en el conocimiento de la religión minoica. Por citar un ejemplo, nos han llegado diversas representaciones de saltos acrobáticos de hombres y mujeres por encima de un toro a la carrera, pero desconocemos la ocasión y la forma precisa en que se desarrollaba este ejercicio, así como su posible significado ritual.

Influjos orientales

Los influjos orientales sobre la religión griega van siendo progresivamente más conocidos, a medida que ha ido creciendo el aporte de documentos de archivos hititas, mesopotámicos o ugaríticos y se ha avanzado en su edición e interpretación. Y así hallamos evidentes coincidencias entre mitos griegos y mitos próximo-orientales, como el de la sucesión en el poder de los primeros dioses, narrado por Hesíodo en la *Teogonía* y que tiene antecedentes claros en el *Poema de la Salida* (o *Canto de Kumarbi*) hitita y el *Enuma Elish* mesopotámico. El problema es que la única forma en que accedemos a la literatura griega y a las orientales es naturalmente en sus manifestaciones escritas. Pero es prácticamente seguro que en la inmensa mayoría de los casos, el poeta griego no pudo acceder a la fuente escrita oriental que conocemos. Tuvo que haber otras vías de penetración que no eran las escritas. Asimismo cabe plantearse, al menos como hipótesis, el lugar y la época en que estos contactos debieron producirse. La determinación de la forma de transmitirse el contenido es, pues, problemática.